

Lo que el Tsunami se llevó. Jóvenes, política y empleo en Perú

Castillo-R., Oscar

Oscar Castillo R.: Sociólogo peruano. Investigador del Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y del Servicio Universitario Mundial (SUM-Perú).

Un Tsunami recorre la política peruana. En medio de la más grave crisis económica y la agudización de la violencia política que enfrenta al terrorismo con el militarismo, se realizaron las elecciones presidenciales en abril de 1990 y cuando parecía que las fuerzas de la derecha lideradas por Mario Vargas Llosa agrupadas en el FREDEMO retornaban al poder, apareció en escena el grupo Cambio 90, presidido por Alberto Fujimori. ¿A quién representa Cambio 90? ¿Cómo explicar la emergencia de un líder de ascendencia japonesa en un país multirracial? ¿Por qué la izquierda pierde en pocos años su potencial electoral? Son algunas preguntas que intentamos abordar en este ensayo llamando la atención sobre una variable que casi no es tomada en cuenta: La tensión generacional, en donde los principales actores son los jóvenes.

La década de los noventa aparece en el horizonte con enigmas y desafíos cuyos desenlaces muy pocos científicos sociales se atreven a pronosticar. Las teorías, los análisis con proyección de tendencias y los métodos de evaluación aparecen, cuando no cuestionados, por lo menos insuficientes para dar cuenta de una realidad cada vez más compleja y sorprendente. La razón sociológica - si se puede expresar así - pareciera llegar a un límite debiendo buscar nuevos horizontes en lo que es propio de los humanos: la imaginación.

¿Que 20 años no es nada?

En efecto, los espectaculares cambios observados en los países de la órbita soviética y la presión política de los jóvenes universitarios en China eran sucesos que aparecían como muy distantes de nuestra realidad. Tal vez los eventos observados en

México durante el proceso electoral de 1988, en donde el PRI, partido institucional que ha ejercido el poder en más de cinco décadas consecutivas, debió enfrentar una inesperada oposición liderada por Cuauhtémoc Cárdenas (Zapata); o los sucesos más recientes de las elecciones en Nicaragua en los que para sorpresa de todo el mundo los Sandinistas perdieron la mayoría, eran acontecimientos que se podían asumir como más próximos, cuyas conclusiones de alguna manera estaban más cerca de nuestra realidad.

En esa lógica, Perú también registra un proceso de cambios espectaculares en la política, desarrollados a lo largo de los ochenta cuya culminación dramática se observa en los dos últimos procesos electorales: las municipales de noviembre de 1989 y las presidenciales de abril de 1990, con resultados iniciales que fueron subestimados por los partidos tradicionales de la derecha y la izquierda, pero que ahora obligan a reconocer que Perú ha cambiado, ya no es la sociedad tradicional combinada con archipiélagos de modernidad capitalista, y lo más importante, que el desarrollo de la sociedad civil permite la existencia de una opinión a conciencia política en las mayorías nacionales, suficiente para discernir sobre sus intereses más inmediatos, aun cuando por las urgencias de la crisis social y económica que vive el país, los proyectos y programas de mediano y largo plazo no sean enunciado con la claridad y el rigor necesarios.

¿Qué país es el Perú en donde coexisten la subversión y la democracia representativa, incluso en el marco de territorios más o menos delimitados? ¿Por qué un grupo de profesionales y técnicos independientes, con un mínimo de experiencia política logra ganar la adhesión de un tercio del electorado desplazando no sólo a los partidos de centro y de izquierda sino también bloqueando el triunfo de FREDEMO liderado por el escritor «independiente» Mario Vargas Llosa? ¿Cómo emerge un líder político de ascendencia japonesa en un país de racismo soterrado en el cual los grupos dominantes siempre fueron los «blancos decentes»? ¿Cómo explicar la adhesión masiva a un movimiento que tiene apenas nueve meses de constitución, sin ideario político y sin programa de gobierno conocido?

Alrededor de estas y otras preguntas se han ensayado interpretaciones diversas, todas ellas a posteriori. Las opiniones post-facto son útiles para comprender mejor al país, pero precisamente el gran reto de las ciencias sociales es prevenir apoyándose en la historia.

La presencia de los jóvenes en la política, admitida o negada, activa o marginal, es un hecho que trasciende a los grupos y clases sociales. Los jóvenes están en las filas

de los grupos subversivos o terroristas y en el sector de electores que cada vez rechazan con más énfasis a los partidos y líderes tradicionales. Para los jóvenes, diez años de democracia en medio de la más dura crisis económica, con frecuentes denuncias de corrupción en las esferas oficiales y enfrentamientos internos en los partidos y frentes políticos que se dividen por «quítame esta curul», sencillamente les provoca una respuesta de rechazo. En ese sentido para explicar la situación política en el Perú de los noventa es necesario incluir la variable generacional y asumir que a lo largo de los ochenta se ha agudizado la tensión generacional en los distintos ámbitos de la sociedad alcanzando en la política sus expresiones más dramáticas.

Electores del '90

En un ensayo anterior¹ se sugerían algunas hipótesis para explicar los resultados de las municipales que se podrían retomar para el caso de las presidenciales. El punto de partida es una pregunta sencilla: ¿Quiénes son los electores de abril de 1990? ¿Cuáles son sus referentes más inmediatos en la actividad política?

El primer dato que se observa es el siguiente: en 1980 hubo cerca de cinco millones de electores y en 1990 fueron casi diez millones; así, en sólo una década la población electoral se incrementa en más del 100%, población que se caracteriza por sus niveles etarios juveniles y su inserción a la vida y al trabajo en condiciones sumamente precarias dados los niveles de crisis económica y social que vive el país (algunos autores denominaron a esta generación «los hijos de la crisis», Degregori, 1986). Este sería un primer aspecto a tomar en cuenta para explicar los cambios que están ocurriendo en la sociedad peruana, el mismo que se podría enunciar como una «tensión generacional» que se reproduce con mayor y menor énfasis en los distintos ámbitos de la sociedad.

Un segundo elemento es definir la representación social que encarna Cambio 90. En esa perspectiva diversos analistas coinciden en señalar que Alberto Fujimori representa a una burguesía nacional emergente compuesta por pequeños y medianos empresarios que producen para el mercado interno, no tienen cuentas bancarias en Miami² y a pesar de la crisis económica han logrado mantener sus industrias. Este sector de pequeños y medianos empresarios en su gran mayoría no establece diferencias sociales, étnicas y culturales con sus asalariados siendo ellos mismos trabajadores en sus propias empresas. Dicho empresariado popular, mestizo de origen

¹Castillo R., Oscar (edit.): Juventud, Crisis y Cambio Social en el Perú, Servicio Universitario Mundial, Comité Perú, Instituto IPEC, Lima, febrero 1990.

²Situación que contrasta con los tradicionales grupos económicos industriales y exportadores quienes entre 1985-1989 habrían sacado del país más de cuatro mil millones de dólares.

andino constituye una de las fuentes de empleo, tal vez la más importante, para los jóvenes, especialmente los migrantes que llegan a las principales ciudades de la costa³.

La capacidad de organización empresarial, las múltiples formas para vencer las trabas que les impone el Estado y los grupos oligárquicos, la creatividad para suplir deficiencias tecnológicas y las múltiples redes familiares, amicales y de paisanaje en los que están involucrados han sido analizadas con detenimiento por varios autores (Matos Mar; Golte y Adams; Degregori et. al; Grompone; y desde un enfoque distinto, De Soto). Este «capitalismo popular» (a falta de un mejor término) en la última década creció a contracorriente del capitalismo que representan los tradicionales grupos de poder quienes a lo largo de nuestra historia han manejado al Estado y al país como si fuera su empresa particular⁴.

En términos políticos expresa el ascenso de un grupo mestizo principalmente de origen andino que probablemente en una década más habría estado en condiciones de representarse a sí mismo. La virtud política de Alberto Fujimori fue ponerse a la cabeza de dicho movimiento. El problema radica en que, luego de asumir el mando el 28 de julio, pueda mantener dicha representación, asignando una presencia política y orgánica a esos sectores y al mismo tiempo articularlos a un programa de desarrollo nacional. Probablemente existan diversos criterios para abordar los problemas económicos coyunturales, pero lo que no podría obviarse son los agentes, actores o grupos económicos que están interesados en un programa de desarrollo nacional. Este enfoque sobre la representación de Fujimori es más consistente que los que de manera corriente lo asocian con grupos religiosos evangelistas o con el denominado sector informal. Como se sabe, este concepto es un «cajón de sastre»⁵

³Según Villarán (1988) la pequeña industria formal representa el 81% del total de establecimientos y absorbe el 29% del empleo, la mediana industria tiene el 17% de establecimientos y absorbe el 40% del empleo y la gran industria sólo absorbe el 5% de la PEA. Adicionalmente estaría la «micro-industria informal» que albergaría unos 200 mil trabajadores.

⁴Sin embargo, se debe destacar que la «tensión generacional» que enfrenta a los tradicionales con los modernos también se presenta en los grupos dominantes. Algunas opiniones de jóvenes empresarios son relevantes; es el caso de José Chlimper (33), representante del sector químico-farmacéutico, quien en el CADE-1987 señalaba «... ¿tomamos las decisiones los empresarios pensando en las consecuencias sociales de las mismas? ¿Pensamos en el país y asumimos sus problemas o asumimos que lo que es bueno para la empresa es bueno para el país?... Hace 15 años que en el Perú el crédito lleva un componente de subsidio implícito y por tanto quien lo recibe está gozando de un privilegio... otro ejemplo es el dólar barato tanto para las importaciones como para las exportaciones...».

⁵Por ejemplo E. Gherzi, dirigente de Libertad, grupo fundado por Mario Vargas Llosa, en su explicación por el triunfo pírrico del 8 de abril, sostiene que éste se debió a la alianza con los «partidos tradicionales» y al «abandono de la informalidad como espacio político». (Revista Sí No. 164-23 de abril 1990, Lima). Para dicho autor «informal es la gran mayoría del país», involucrando a los pequeños empresarios, los ambulantes, los parceleros agrarios y los habitantes de barrios marginales y pueblos jóvenes. Para una discusión mayor véase Galín et. al.; Bromley, Ray.

más descriptivo que analítico, tiene excesiva elasticidad según los usos que le asignen los autores. Lo informal termina siendo todo y nada en concreto al mismo tiempo.

Trabajo precario

Un tercer elemento se liga con los cambios registrados en la composición de la población económicamente activa (PEA) y el proceso de mestizaje de las dos últimas décadas, cambiando las formas de inserción al mercado de trabajo y las condiciones de la reproducción social en general, aspectos que se ligan directamente con la población juvenil en Perú⁶.

Algunas características de la PEA, el empleo y la industria analizados por Franco destacan los cambios ocurridos en Lima Metropolitana durante los ochenta. Así, aun cuando dicho autor también utiliza las categorías formal-informal, en su interesante presentación de datos señala que en 1983 de una PEA de 1'530 mil en Lima, casi medio millón de trabajadores eran «informales». De los 250 mil que se dedicaban al comercio ambulatorio, un 20% estaba ocupado en la pequeña industria, principalmente en talleres de confecciones, un 12% dedicado a los servicios (limpiabotas, cargadores, vigilantes, pintores, etc.), un 6% al servicio de taxis y transporte y un 7% a la construcción. Es evidente que en esa PEA las relaciones salariales aparecen combinadas con las relaciones familiares y probablemente la categoría de sector informal urbano (SIU) se pueda ampliar. De allí que, hacia fines de los ochenta, se observe un crecimiento espectacular del empleo informal: por ejemplo, sólo en Lima había más de 550 mil vendedores ambulantes. Pero lo que interesa destacar es el tipo de capitalismo que se desarrolla con una baja inversión y un uso extensivo de la mano de obra.

Estas características del capitalismo permiten señalar dos diferencias en la inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo: en un primer momento, a comienzos de los setenta, se incorporaban como asalariados de un capitalismo en expansión, era la época de la industrialización por sustitución de importaciones; en un segundo momento los jóvenes de la década de los ochenta también se incorporan al mercado de trabajo como asalariados pero en condiciones distintas, ya no a la gran empresa sino a la pequeña empresa. Las posibilidades de estabilidad laboral en la gran empresa son reemplazadas por la condición de eventualidad; a su vez la estabilidad en la pequeña empresa industrial, comercial o de servicios aparece combi-

⁶ En la década de los '90 la población total de Perú se proyecta en más de 28 millones de habitantes de los que aproximadamente el 20% serán jóvenes entre los 15-24 años. Actualmente la población total menor de 25 años es de 61.8%.

nada con relaciones salariales y familiares, en donde sus calidades de vida y niveles de ingreso son cada vez más precarios.

En efecto, algunos estudios dan cuenta de dicho proceso. Así tenemos que, a mediados de 1970, el Ministerio de Trabajo realizó una encuesta de hogares a nivel nacional con los resultados siguientes: sobre una PEA de 1 millón 615 mil personas el 29,5% correspondía a jóvenes entre los 14-24 años de edad. En cuanto a los niveles de empleo, más del 50% de la población nacional estaba subempleada. Sin embargo, entre los jóvenes las cifras eran mucho más altas, en el grupo 14-19 años alcanzaba al 87% y el siguiente (20-24 años) llegaba al 58%. Como se sabe, estos son los grupos etarios en que se concluye la educación secundaria y/o se inician estudios superiores. Por ello los jóvenes tienen más limitaciones para acceder al mercado de trabajo y es de suponer que dichas restricciones también se expresaban en su percepción de menores ingresos: mientras que el promedio de ingresos de la PEA nacional era de 3.500 soles, para los jóvenes era apenas de 850 entre los 14-19 años, y de 2.410 entre el grupo siguiente.

Estas cifras y porcentajes registran modificaciones relativas para los jóvenes a lo largo de las dos últimas décadas. A fines de los años setenta Verdera (1983) encontraba que en Lima Metropolitana el 60% de los desocupados estaban entre los 14-24 años. De cada cien jóvenes 18 eran desempleados, mientras que el grupo de 25 años a más, de cada cien sólo cinco aparecían como desempleados. Tales características del empleo e ingresos de los jóvenes a nivel nacional se repetían con algunas diferencias en cada una de las ciudades capitales más importantes. Por ejemplo, el subempleo en las ciudades de Lima Metropolitana, Arequipa y Chiclayo en el caso de los jóvenes casi se duplicaba en relación a la PEA total. De igual manera, las diferencias en los ingresos eran abismales: más del 80% de los jóvenes se concentraban en los rangos de ingresos más bajos.

Hacia fines de 1989 en Lima Metropolitana sobre una PEA total de 2 millones 241 mil, la tasa de desempleo y subempleo fue de 7.9% y 73.5% respectivamente, pero en el caso de los jóvenes (14-24 años) estas cifras eran 15.3% y 72.2%. En otros términos, del total de desempleados los jóvenes representaban más del 54%. A su vez las tasas de subempleo eran relativamente menores que en los grupos etarios, pero con una gran concentración en el grupo de subempleados por ingresos en el nivel agudo, es decir que sobre un total de 706 mil subempleados en esa categoría más del 42% correspondía a los jóvenes. Ello significaba que hacia fines de los ochenta el acceso de los jóvenes al mercado laboral se realizaba en las condiciones más desfavorables. Esto se aprecia con más claridad comparando los ingresos promedio de

la PEA que en su conjunto percibía 348 mil intis mensuales, pero en el caso de los jóvenes dichos ingresos sólo alcanzaron 223 mil intis (Ministerio de Trabajo).

En conclusión, se tiene que en la década de los ochenta no obstante haberse mantenido la inserción de los jóvenes al mercado laboral como asalariado sus condiciones han sido más precarias que las de la generación anterior tanto en su percepción de ingresos como en las condiciones de trabajo; tal vez el aspecto positivo de dicho proceso ha sido un mayor desarrollo de las relaciones horizontales entre asalariado, y patrones, al margen de las disposiciones legales vigentes, especialmente en los vinculados a la pequeña y mediana empresa.

Mestizaje y zozobra

Un cuarto elemento a considerar se refiere a las características del mestizaje y la persistencia de los rasgos oligárquicos tradicionales en determinados sectores criollos que tienden a menospreciar a la población de origen andino quechua-hablante; dicha situación es particularmente dramática para los jóvenes migrantes que se trasladan a las principales ciudades de la costa. Diversos autores han señalado que la migración en Perú tiende a disminuir en forma absoluta y relativa en la última década (Verdera, 1985), pero Lima seguía como el principal foco de atracción para los migrantes⁷.

Desde los años sesenta algunos estudios llamaron la atención sobre los problemas que enfrentan los migrantes, especialmente los quechua-hablantes, en su inserción a la urbe (Doughty, 1969) al parecer tres décadas después tales características no se han modificado de manera sustantiva, entrevistas recientes, realizadas a jóvenes migrantes en los pueblos jóvenes de Lima manifestaban los difíciles problemas que debieron enfrentar para adaptarse a la ciudad⁸.

⁷ Según el último censo de 1981, los departamentos con saldo migratorio negativo más importantes fueron los de la sierra: Ancash, Cajamarca, Apurímac, Ayacucho, Huancavelica, Cuzco y Puno, los que en su conjunto expulsaron a más de 326 mil migrantes. A su vez, en la provincia de Lima se censaron 324.348 migrantes, de los que el 48.7% eran jóvenes entre 15-24 años (INE, Censo 1981).

⁸ Eloy C.C.; 18 años) «... nací en el Departamento de Ancash, provincia de Antonio Raymondi, distrito de Mirnas... las costumbres limeñas con lo de allá es muy diferente y tuve un poco de problemas, en ese tiempo no pronunciaba bien el castellano, ese fue el primer problema que tuve. Realmente tuve muchos problemas en la pronunciación de palabras que hasta ahora tengo el defecto... no podía hablar el castellano bien y me sentía un poco cohibido. Yo he tenido vergüenza realmente con la persona de rango superior o con los que conocía, tenía vergüenza de hablar mal...», en Castillo O. R. (1990).

A estos procesos muy brevemente descritos se ligan otros elementos tales como la crisis en la educación media y superior o la modificación de valores y costumbres tradicionales.⁹

De otro lado, a los cambios sociales mencionados, en los últimos años se agregan los efectos de la inseguridad y la permanente zozobra de la sociedad debida a la creciente violencia política, configurando un cuadro social que algunos denominaron como el «desborde del Estado» y otros de «anomia social», términos que al parecer daban cuenta parcial de lo que sucedía. En el primer caso, si bien había un efectivo repliegue del Estado en diversos ámbitos de la sociedad, ello no suponía la anarquía social dado que existía una amplia organización popular y cívica que suplía tales ausencias. En el segundo caso el concepto de «anomia social» no se aplica a una sociedad que precisamente a lo largo de siglo y medio ha reproducido sus problemas de integración nacional.

Sin embargo, constatar la presencia de dichos elementos de cambio, en algunos casos disgregadores, no debe hacer olvidar que en la últimas décadas, como veremos a continuación, las clases populares también desarrollaron formas de organización y solidaridad que las constituye potencialmente como clases nacionales. Se podría decir que los rezagos de la herencia colonial (Cotler, 1978) la corporativización de intereses y los nuevos elementos de la nacionalidad se presentan juntos en los actores sociales. Dicho proceso no se liga únicamente con los cambios y modificaciones estructurales sino también con las ideologías y las utopías que animan a los sectores populares. En ese contexto el sindicalismo clasista, como expresión de la ideología marxista-leninista tuvo un rol decisivo en los años setenta contribuyendo a la afirmación de una identidad clasista en las clases populares.

Jóvenes y política: los Jacobinos de izquierda

Si a lo largo de las dos últimas décadas se modifican las condiciones de inserción al mercado de trabajo y de asalaramiento en los jóvenes, aspectos que aparecen ligados con la emergencia y expansión de un «capitalismo popular», lo mismo se podría decir de sus formas de hacer política entre una década y otra. En los setenta los jóvenes practicaron una determinada forma de hacer política ligada al activismo de izquierda e influenciados por las distintas vertientes del marxismo en un

⁹Véase los ensayos de A. Cussianovich «Los jóvenes populares de los 80» y María Cánepa: «Los jóvenes y el Afecto» en Castillo R., edit. (1990). En cuanto al sistema educativo se tiene que los alumnos en 1981 eran cerca de 5'880 mil y en 1990 pasan de los 9 millones. A su vez la población universitaria pasó de 280 mil a más de 500 mil en el mismo período. INE: Perú: Compendio Estadístico 1987. Para una discusión sobre los cambios en la educación véase: Montoya (1980) Portocarrero, Gonzalo Oliart, Patricia: El Perú desde la Escuela, Ed. IAR, Lima, 1989.

contexto político de dictadura militar (1968-1980). El resultado fue un crecimiento espectacular en la influencia de la izquierda expresado en la captación de casi un tercio de los votos en el acceso a la Alcaldía de Lima y a la tercera parte de los municipios del país. Pero, cinco años después, esa misma izquierda logra menos de un 10%. ¿Qué sucedió en los ochenta para que el frente político de izquierda más importante de América Latina, la IU, termine con menos del 7% de los votos? ¿Qué fenómenos sociales y políticos acontecen para que los partidos tradicionales de izquierda y derecha descubran con sorpresa que su liderazgo y su mensaje político es extraño a la mayoría nacional?

El triunfo de los candidatos independientes en noviembre de 1989 y en abril de 1990 ha convertido en lugar común decir que en el Perú de hoy existe una crisis de representación política. Existe un desencanto con los partidos, pero ello no debe confundirse con «despolitización», porque dicha tesis desconoce la capacidad de discernimiento de las clases populares. Es más consistente afirmar que en el desencanto de los ciudadanos con los partidos, especialmente en los jóvenes y nuevas generaciones, precisamente hay un hecho de distancia generacional que no se ha tomado con la debida atención. Distancias que en la política se relacionan con las imágenes, los programas y el liderazgo de quienes los representan. Ni la izquierda (IU, AS) ni la derecha (FREDEMO) lograron captar la adhesión de los electores en forma mayoritaria, no sólo porque la contienda se desarrolló con las grandes promesas ya conocidas, sino también porque los líderes no tuvieron un mensaje para incorporar a la nueva generación de actores.

Probablemente esta es una característica de la sociedad peruana que obligará a nuevas elaboraciones o interpretaciones teóricas, a construir nuevas imágenes de la sociedad y sus actores. En efecto, el tradicional discurso de la izquierda que divide o segmenta a la sociedad en clases sociales fue respondido por el discurso neoliberal del FREDEMO, para quien las clases no cuentan sino únicamente los individuos o ciudadanos. De alguna manera la política peruana se desarrolla en esa tensión a lo largo de la última década: entre el clasismo que intenta representar los intereses colectivos de la población organizada en distintos niveles y el individualismo que hace del ciudadano el origen y el fin de la política. Con Alberto Fujimori y su grupo Cambio 90, dicho esquema «colapsa».

Con una imagen de sencillez y sobriedad, sin programa estratégico y con una consigna relativamente trivial (trabajo, eficiencia y tecnología) en menos de seis meses logra ganar la adhesión de casi un 25% de los electores y pasar a la segunda vuelta electoral la que le lleva a la presidencia, liquidado así una etapa en la política na-

cional. En primer lugar, el liderazgo de los partidos tradicionales es duramente sancionado. Dichos líderes son los mismos que desde los años setenta, en el gobierno o en la oposición, han decidido los destinos del país. En segundo lugar, las formas de hacer política, de representación y relación con los grupos y actores sociales también es cuestionada. En ambos casos el reencuentro de los partidos con la sociedad se resume en una sola palabra: renovación, comenzando con el liderazgo tradicional y las ideologías.

Es obvio que entre los distintos partidos tales problemas son abordados con mayor énfasis, de allí que en este acápite sólo nos referiremos al liderazgo de la izquierda, a sus mitos e ideología, dado que se liga con el futuro del socialismo en el Perú. No fue por casualidad que en los setenta la renovación del liderazgo político proviniera de los sectores juveniles de izquierda. Desde la universidad hubo una «irradiación» de la militancia política juvenil hacia los otros ámbitos de la sociedad. La dinámica de los sindicatos, los barrios populares y las organizaciones campesinas fueron transformadas en sus contenidos y en sus formas con la presencia de centenares de contingentes juveniles. Cerradas las posibilidades de hacer política y con los tradicionales partidos de derecha en receso, las universidades se constituyeron en bastiones de la actividad política.

Es probable que ningún partido de izquierda estuviera al margen de la militancia universitaria. La mayoría de los líderes de la Izquierda Unida (IU) y del Acuerdo Socialista (AS) se formaron como líderes estudiantiles o ligados al activismo universitario. Así se fue constituyendo una élite - hoy «clase política» - que en algún momento logró acercarse a la ilusión y la esperanza de cambio de las mayorías populares. Pero lo hizo desde una postura de confrontación, del todo o nada, expresando de alguna manera lo que Cotler (1988) denomina «hacer de la necesidad una virtud» y precisamente por ello, porque se invirtieron los planos y las virtudes no se transformaron en sentido común, es que los jóvenes líderes de los '70 no lograron finalmente convertirse en una nueva dirección hegemónica sino que continuaron atrapados en la lógica de la cultura política tradicional. No sólo repitiendo los valores y comportamientos oligárquicos sino también recitando los manuales de la ideología marxista-leninista, de manera similar a como hoy lo hacen los jóvenes militantes de Sendero Luminoso (Degregori, 1989).

Toda crisis económica o social redefine la ubicación de los actores. La crisis de representación política de los setenta hizo posible un espacio para que un sector de los jóvenes de la clase media, afincados transitoriamente en las universidades, se acercara a las clases populares. En alguna forma ser joven universitario en los se-

tenta era pertenecer a una élite, pero que también estaba mediada por diferencias económicas, étnicas y culturales. Sin embargo, estos jóvenes radicales influenciados por el leninismo dogmático no lograban comprender las causas de sus propias diferencias. Los problemas de la identidad nacional y la cultura son incorporados sólo con el redescubrimiento de Mariátegui a fines de esa década.

El acercamiento de las élites universitarias de clase media a las clases populares se hizo no sólo desde el aparato político de vanguardia organizada sino también desde el terreno intelectual. La producción académica muy influenciada por el marxismo-leninismo condiciona las imágenes de la sociedad y de los actores políticos sostenidas por los grupos de izquierda, en donde las generaciones juveniles eran las más receptivas y creativas al mismo tiempo¹⁰.

En los últimos años esa concepción del mundo y la sociedad convertida en sentido común, en varios aspectos, empieza a ser cuestionada desde la propia lógica de los actores: desde las ideas catastrofistas que asociaban «crisis económica» con «revolución», la idea del progreso a través de la educación, hasta los grupos y clases sociales actores del socialismo. En ese aspecto son sugerentes las reflexiones de Castillo (1988) sobre los límites de los nuevos movimientos sociales al criticar la polarización entre modernización y clasismo que derivan en planteos que tienden a desestimar la existencia de clases o enfatizan «la confrontación natural». Frente a esas lógicas reduccionistas, sugiere buscar los límites en el desfase que existe entre «lo gremial» y «lo político» en la ausencia de una institucionalidad que permita a dichos movimientos una vinculación con el Estado, esto es trascender hacia la política haciendo realidad las nuevas formas de su práctica.

Sin embargo, un problema que sigue latente en nuestra sociedad es el étnico-racial. Las «oleadas de democratización» de los setenta disminuyen el impacto del racismo que margina a los campesinos e indígenas especialmente del área andina, pero no lo liquidan. De allí que dicho problema es vivido en forma cotidiana por los jóvenes de las clases populares, reproduciendo los valores tradicionales y modernos. Probablemente en ese contexto de cultura y socialización política, es que los grupos más radicales encuentran el espacio social que les permite llegar a los jóvenes y afirmarles una determinada identidad (Cotler, 1988). En ese aspecto son relevantes las opiniones de un joven simpatizante de los grupos subversivos, en su percep-

¹⁰El auge de la sociología como disciplina fue notable en los años setenta estimulada por el reformismo militar, pero la influencia del marxismo-leninismo le asignó un sesgo historicista que se expresó en una pérdida del objeto de estudio, los hechos sociales, por el énfasis en los análisis totalizadores que buscaban las tendencias históricas antes que el estudio de los hechos sociales concretos. Dicha situación se modifica a partir de los ochenta.

ción «bipolar» de la sociedad y el ocultamiento de su identidad andina. En primer lugar, para él las diferencias entre serranos y costeños «ya no existe» porque «eso eran antes»: «...en el mundo sólo hay dos clases, la capitalista y la proletaria. Siempre tiene que existir eso porque un capitalista vive de hecho del proletariado y el proletariado está en lucha contra el capitalismo pues toda contradicción es en base a la economía...».

Esta percepción de la sociedad, adquirida en la lectura de manuales de leninismo (Politzer, Harnecker) como él mismo lo refiere, le permitió desarrollar una identidad clasista radical en su experiencia como dirigente sindical, enfrentando a la política del gobierno aprista, porque:

«...Como tú sabes los apristas no respetan los dispositivos legales ni nada por el estilo, la Constitución que ellos mismos han elaborado...». De esa manera justificaba no sólo su desacato a las normas legales en vigencia sino también su oposición frontal al Apra. «...A los apristas les conviene que muera un comunista y que se incrementen más los apristas...(en los centros de trabajo)...» (24 años).

Y en segundo lugar, el reduccionismo clasista que caracteriza su discurso, haciéndole negar la existencia de un conflicto étnico-cultural en la sociedad, se superpone sobre su verdadera identidad, dado que finalmente concluye reconociendo virtudes y valores en los serranos que no tendrían los criollos costeños: «... En sí el serrano es más inteligente, es más responsable, porque si has visto los grandes hombres son serranos, casi la mayoría son provincianos...». A su vez preguntado sobre sus lecturas literarias señaló su adhesión por las novelas de J. M. Arguedas porque «en ellas defiende la lengua quechua».

De esta manera se observa que a lo largo de los ochenta la izquierda peruana no encontró la forma de «sintonizar» con el nuevo país que estaba emergiendo y lo que es más dramático no hubo renovación de programas, de ideología, ni de liderazgo. El mensaje y la utopía socialista se fue restringiendo a un escaso auditorio alejado de las mayorías nacionales. Sin embargo, la opción histórica que representaba la izquierda fue liquidada cuando se produce la división de izquierda Unida (IU). Más allá de las eventuales discrepancias «estratégicas» la izquierda se perfilaba como primera opción de gobierno, pero, a condición de actuar en forma unitaria. La división que se produjo en enero de 1980 se volvió a repetir en enero de 1989, y en ambos casos los resultados fueron catastróficos, sin embargo, como decía un ilustre humanista, si la primera división fue una tragedia, la segunda fue una farsa, dado que finalmente todos los grupos y partidos involucrados aspiraban

a ser gobierno. Los problemas para renovar el liderazgo en sus instancias intermedias y nacionales, y las incoherencias programáticas contribuyeron también para que un sector de la juventud sea ganada a las filas del terrorismo o la subversión, en su vertiente más dura y dogmática representada por Sendero Luminoso o en su versión romántica y populista del MRTA. En este último aspecto caben también algunas diferencias entre una década y otra. La convicción y entrega de la juventud marxista-leninista de los setenta es muy distinta al anatismo terrorista.

Bolcheviques y Mencheviques

La militancia juvenil de izquierda de los setenta realizaba un activismo con entrega y convicción, que podía incluso llegar al sacrificio de la propia vida, pero sin el fanatismo extremo del que hacen gala los senderistas. La izquierda de aquella época utilizaba un discurso radical, delirante a veces, buscando los términos más duros para descalificar a sus oponentes, pero tuvo siempre un sentido de justicia y de respeto por la vida que ningún terrorista lo tiene. Por ello resulta equivocado afirmar que los grupos subversivos que hoy actúan están haciendo lo que la izquierda de los '70 decía que debía hacerse.

Había una preocupación sobre la «necesidad de la guerra y la violencia revolucionaria» pero, en la mayoría de los grupos de la nueva izquierda, ello era más un resultado de su adhesión a la ideología antes que una reflexión sobre sus posibilidades reales de implementarla. Y cuando en algunos partidos dicho debate se pretendía llevar hasta «las últimas consecuencias» de inmediato se producían las rupturas y divisiones. Aun cuando esas no eran las únicas razones para la división. La defensa de la «pureza en la línea política» estaba cruzada por rencillas personales, ambiciones de poder y mezquindades que hacían muy difícil entender las verdaderas razones de tales rupturas.

La juventud de los '70 fue generosa en su entrega por la causa del socialismo, no tanto porque la ideología les dijera que debían hacer tal o cual actividad política. La gran mayoría asumía su identidad socialista a partir de la rápida lectura de manuales de marxismo-leninismo con lo cual millares de jóvenes se convertían en predicadores del marxismo con un conocimiento primario del mismo. Por ello más que la ideología era su propia vitalidad, su capacidad de «estar más cerca del pueblo», lo que los hacía actuar. De alguna manera los jóvenes izquierdistas se sentían parte de un movimiento revolucionario que culminaría en el socialismo. Sin embargo, en todos los casos existió una tensión entre la emoción vital y revolucionaria con los pasos reales, los resultados concretos y el quehacer cotidiano, aspectos que

no necesariamente aparecen relacionados. En la entrega de los jóvenes revolucionarios siempre existe un factor consciente, una decisión deliberada que los lleva a actuar de una u otra manera. Dicho voluntarismo es lo que permite a veces ocultar los desaciertos y errores. Para utilizar una analogía mencionada por Alberoni, en los jóvenes revolucionarios se daba el mismo caso de los enamorados, según la cual el enamoramiento individual corresponde a los períodos de vida extraordinarios radicalmente distintos a los de la vida regular y cotidiana. Ambos procesos coexisten de manera ambivalente en los individuos de la misma forma como en el conjunto de las relaciones humanas el par amor-odio siempre está presente.

La militancia juvenil de izquierda de los '70 correspondió a esos momentos extraordinarios de la vida en donde la exaltación del ideal no se detiene ante ningún sacrificio y el individuo se siente capaz de hacer las acciones más heroicas y vencer los obstáculos que en otros momentos simplemente lo harían renunciar a toda acción. En ese sentido es probable que los jóvenes senderistas de hoy también exista esa entrega, pero: «... El ideal - el dios - se revela capaz de vivir sólo si se alimenta de sacrificios crecientes. Antes pedía sólo los primeros frutos, luego la cosecha, luego la simiente, finalmente la autodestrucción...» (ibid).

Los jóvenes de Sendero Luminoso han llevado el ideal hasta la propia autodestrucción. Destruyendo a su paso todo lo que se les oponga en su camino «incontenible hacia el poder» (todo es ilusión salvo el poder) y precisamente allí está su diferencia con los revolucionarios de los '70, para quienes el respeto a la vida del otro y el reconocimiento de las organizaciones populares, formaban parte del ideal. Por eso la renovación del socialismo que busca construir una nueva utopía deberá admitir como premisa que la autodestrucción no es garantía ni condición de nada.

En los noventa se observan cambios en distintos aspectos que son sustantivos para la socialización política de la generación juvenil, al mismo tiempo, la persistencia de factores tradicionales que hacen muy complejo y difícil dicho proceso. Uno de sus efectos más importantes es que el paradigma marxista-leninista para analizar a la sociedad ha llegado a su límite. La mayoría de la izquierda ya no lo sostiene y sólo permanece en los grupos o núcleos «más duros» para fundamentar el uso de la violencia política.

De otro lado, la tradicional relación del partido con las masas caracterizada por la «vanguardia autoproclamada» y el «iluminismo» está dando paso a otras formas de representación más abiertas que se desarrollan a contracorriente de esos partidos (nuevas organizaciones populares urbanas, de mujeres, jóvenes, profesionales,

etc.) que cuestionan el tradicional enfoque de la sociedad y al mismo tiempo colocan en la escena a nuevos actores sociales.

En conclusión, se puede decir que independientemente del curso que pueda tomar el gobierno de Alberto Fujimori y el futuro político del grupo Cambio 90, el acontecimiento que suscitan entre abril y junio de 1990 se llevó consigo una determinada forma de hacer política en la izquierda peruana. Las dos décadas de la «nueva izquierda» la evidencia ya no como tan nueva, de allí que el reto sea renovarse o morir. La construcción de una utopía socialista en un contexto mundial en donde las utopías y las ideologías aparecen en crisis, exige un cambio de actitud radical en la generación de los setenta, antes de la culminación de su ciclo en la política peruana. Es condición indispensable renovar el discurso, cambiar las imágenes que se han manejado sobre la sociedad y el Estado, actualizar los programas y sobre todo construir un nuevo liderazgo que para ser auténtico sólo puede venir de la juventud socialista. Sólo en la medida que la izquierda actúe en forma unitaria y se entronque con las nuevas generaciones podrá mantener viva la utopía del socialismo peruano.

Referencias

- *Alberoni, Francesco, ENAMORAMIENTO Y AMOR. - México, Gedisa. 1987; Trujillo-B., Mario -- Los jóvenes y el afecto.
- *Bromley, Ray, WORLD DEVELOPMENT. 6, 9-10 - Gran Bretaña, Pergamon Press. 1978; Castillo-R., Oscar -- Los Nuevos Movimientos Sociales Populares: Acumulación y Límites.
- *Cánepa, María A., JUVENTUD, CRISIS Y CAMBIO SOCIAL EN EL PERU. - Lima, Perú, SUM-IPEC. 1990; Pásara, Luis; Parodi, Jorge -- Asalariados, empleados y nación en el Perú.
- *Castillo-Ochoa, Manuel, UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD ABIERTA. 1 - Lima, Perú, SUM-Perú. 1988; Los Jóvenes en los sectores populares de los ochenta.
- *Castillo-R., Oscar, CAPITALISMO Y SINDICATOS EN LAMBAYEQUE. - Lima, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú. 1984; Informales: Nuevos rostros en la Vieja Lima.
- *Castillo-R., Oscar, ORGANIZACION Y LUCHAS DEL MOVIMIENTO OBRERO LATINOAMERICANO (1978-1987). - México, Siglo XXI-UNAM. 1988; La cultura del regionalismo en la cultura urbana de Lima.
- *Castillo-R., Oscar TI :Jóvenes, empleo y política en el Perú, JUVENTUD, CRISIS Y CAMBIO SOCIAL EN EL PERU. - Lima, Perú, SUM-IPEC. 1990; Los partidos políticos y la democracia en el Perú.
- *Cotler, Julio, CLASE, ESTADO Y NACION EN EL PERU. - Lima, Perú, IEP. 1978;
- *Cotler, Julio, DEMOCRACIA SOCIEDAD Y GOBIERNO EN EL PERU. - Lima, Perú, CEDYS. 1988;
- *Cussianovich, Alejandro, UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD ABIERTA. 1 - Lima, Perú. 1990;

- *De Soto, Hernando; Ghersi E.; Ghibellini, M., EL OTRO SENDERO. - Lima, Perú, Instituto Libertad y Democracia. 1987;
- *Degregori, Carlos I.; Blondet, Cecilia; Lynch, Nicolás, CONQUISTADORES DE UN NUEVO MUNDO, DE INVASORES A CIUDADANOS EN SAN MARTIN DE PORRES. - Lima, Perú, IEP. 1986;
- *Degregori, Carlos Iván, QUE DIFICIL ES SER DIOS, IDEOLOGIA Y VIOLENCIA POLITICA EN SENDERO LUMINOSO. - Lima, Perú, El Zorro de Abajo. 1989;
- *Doughty, Paul, AMERICA INDIGENA. XXXIX, 4 - 1969;
- *Franco, Carlos, PAGINA LIBRE - PRENSA. 20/04 - Lima, Perú, CEDEP. 1990;
- *Galín, Pedro; Carrion, Julio; Castillo, Oscar, ASALARIADOS Y CLASES POPULARES EN LIMA. - Lima, Perú, IEP. 1986;
- *Golte, Jürgen; Adams, Norma, LOS CABALLOS DE TROYA DE LOS INVASORES. ESTRATEGIAS CAMPESINAS PARA LA CONQUISTA DE LA GRAN LIMA. - Lima, Perú, IEP. 1987;
- *Grompone, Romeo, TALLERISTAS Y VENDEDORES AMBULANTES EN LIMA. - Lima, Perú, DESCO. 1975;
- *INE, ALGUNAS CARACTERISTICAS DE LA POBLACION - BOLETIN. 6 - Lima, Perú. 1981;
- *Matos-Mar, José, DESBORDE POPULAR Y CRISIS DEL ESTADO. - Lima, Perú, IEP. 1984;
- *Ministerio de Trabajo-DGE, EMPLEO-INGRESOS-POBLACION - BOLETIN. 19-20 - Lima, Perú. 1990;
- *Ministerio de Trabajo-SEHR
- *Montoya, Rodrigo, ALGUNAS CARACTERISTICAS SOCIO-ECONOMICAS DE LA EDUCACION EN EL PERU. - Lima, Perú. 1971; La migración a Lima entre 1972-1981, anotaciones desde una perspectiva económica.
- *Montoya; Portocarrero, Gonzalo; Oliart, Patricia, EL PERU DESDE LA ESCUELA. - Lima, Perú, IAR. 1989; Castillo-R., Oscar -- The Urban Informal Sector: Why is it Worth Discussing.
- *Verdera, Francisco, CAPITALISMO Y NO CAPITALISMO EN EL PERU. - Lima, Perú, Mosca Azul. 1980; La pequeña empresa industrial en el Perú.
- *Verdera, Francisco, EL EMPLEO EN EL PERU: UN NUEVO ENFOQUE. - Lima, IEP. 1983; Las elecciones mexicanas de 1988.
- *Villarán, Fernando, DIAGNOSTICO Y DEBATE. 17 - Lima, Perú, Fundación Ebert. 1985;
- *Zapata, Francisco, QUE HACER. 51 - Lima, Perú, DESCO. 1988;
- QUE HACER. 54 - Lima, Perú, DESCO. 1988

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 111 Enero-Febrero de 1991, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.